

El poder del fogón: las ollas comunitarias como espacios de construcción política

Geovanna Lasso

Colectivo Agroecológico del Ecuador

Correo: geovalasso@yahoo.com

El paro del Inty Raymi, como se le conoce al reciente paro nacional de 18 días llevado a cabo en junio del 2022, al igual que el paro de octubre de 2019, nos dejó una diversidad de vivencias, emociones, sentimientos, que transitan por el dolor, la indignación, la ira, pero también la alegría y la esperanza que nos inspira la solidaridad, la sororidad, la reciprocidad de estos días.

El movimiento indígena del Ecuador, encabezado por la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie), inició movilizaciones de alcance nacional, a la que plegaron otras organizaciones de los sectores campesinos y productivos. Su [agenda](#) abarcaba 10 puntos de demanda al Gobierno nacional, orientados a mejorar las condiciones de vida de la clase popular del país en general. Demandas legítimas como el mismo derecho a la protesta social, respaldado por la Constitución ecuatoriana. Sin embargo, el Gobierno desconoció la legitimidad de esta protesta al apresar al dirigente de la Conaie, Leonidas Iza, el primer día del paro, hecho que, al contrario de lo esperado por el Gobierno, amplió el impacto de la lucha sumando a más movimientos indígenas, campesinos y grupos organizados.

Por otro lado, miles de indígenas se convocaron hacia Quito, en respaldo y apoyo a la ciudadanía quiteña que se había autoconvocado para defender la Casa de la Cultura Ecuatoriana (CCE), tras la toma por parte del Ejército. Este hecho trascendía la ocupación de un lugar; era una ofensa y un atentado con un trasfondo histórico y simbólico. La CCE, junto con el parque del Arbolito, han constituido lugares de acogida, de cuidado y de protección para las hermanas

y los hermanos indígenas que innumerables veces han acudido a la ciudad de Quito para hacer escuchar sus demandas, reivindicar sus derechos y evitar la implementación de políticas neoliberales que atentan contra la dignidad y las necesidades del pueblo.

A la toma de la CCE por parte del Ejército, se sumaron las injerencias y atentados contra universidades y otros sitios de acogida para las y los marchantes, instituciones que también han abierto sus puertas en otras ocasiones para albergarles y alimentarles.

La estrategia era clara, evitar que se instauraran los espacios de cuidado, espacios indispensables para mantener la lucha, con el fin de desmoralizar a las y los miles de indígenas que venían ya cansados desde las distintas provincias.

Frente a estos hechos, una vez más, el espíritu y las manifestaciones de solidaridad y de reciprocidad de la población no se hicieron esperar. Al igual que en octubre del 2019, pero esta vez de manera más numerosa y descentralizada, se levantaron en varios puntos cocinas comunitarias a las que la sociedad civil y diversas organizaciones nutrieron con alimentos y con manos para cocinar, para armar las porciones, para ir a entregar en los distintos puntos donde las y los hermanos indígenas se estaban alojando: en la Casa de la Cultura, en la Universidad Central, la Universidad Salesiana, en una sede de la Universidad Católica, entre otros lugares.

En Quito, durante el paro del Inty Raymi funcionaron al menos nueve cocinas: en la casa del Pueblo Kitu Kara, en la Casa del Partido Socialista Ecuatoriano (que luego tuvo que trasladarse a la Casa Amaru por la cercanía a los lugares de máxima represión), las ollas de Universidad Central, de la Universidad Salesiana, de la Cooperativa Zurciendo, y las ollas de los barrios San Miguel del Común, Cutuglahua, La Morita, Leopoldo Chávez, entre otras.

Las expresiones de solidaridad fueron varias: las y los ciudadanos quiteños que se acercaron a las ollas comunitarias para la provisión de víveres, dinero, artículos de limpieza personal, medicinas, cobijas; las y los voluntarios que llegaban a las cocinas a picar, cocinar, armar las porciones que iban a ser repartidas en el mismo lugar o llevadas a otros puntos donde llegaban los y las marchantes con hambre y frío; la organización para las entregas, para la compra, para la planificación de los siguientes días...

La olla comunitaria de la Casa del Partido Socialista (luego Casa Amaru), en la cual participé, fue organizada por el Colectivo Agroecológico del Ecuador, el

Partido Socialista Ecuatoriano, la Ecuarunari y la Fenocin. En esta olla circularon y se vivieron infinidad de emociones y acciones que dan fe de la importancia de estos espacios: el compromiso, el movimiento, las distintas tareas, la gente que iba y venía, las llamadas, las búsquedas, las entregas, las manos que se estrechaban, los ojos de agradecimiento, las noticias que se comentaban, las conversaciones que hablaban de los retos del movimiento indígena, de las respuestas desacertadas del Gobierno, de la represión, de los triunfos, del zapateo del Inti Raymi, de las marchas convocadas, de la frustración, de la esperanza... Emociones y acciones que dan cuenta de un tejido hermoso que se iba construyendo, que se iba fortaleciendo, que se iba sosteniendo a partir de la solidaridad, la reciprocidad, el dar desinteresado, el dar a un otro, a una otra, sin rostro, pero que se sabía luchador y luchadora por los derechos y la dignidad de todos. La solidaridad en torno a esta olla logró reunir cerca de 50 voluntarios y repartir alrededor de 13 000 porciones de alimento.

Las ollas comunitarias fueron, una vez más, espacios en los que se tejió comunidad; espacios de expresión y construcción política, de praxis, que permitieron el ejercicio de ciudadanía en el quehacer colectivo, tanto para la propuesta como para la resistencia. El sentido de cuidado y sostén de la lucha a través de la alimentación es uno de los elementos más significativos de las ollas o cocinas comunitarias, representación misma del rol e importancia de las tareas de cuidado para el sostenimiento de la vida, de las sociedades en general. El dotar de alimento a quienes están en primera fila exponiendo su vida y también a las y los médicos que se encuentran ayudando a las y los heridos, es una expresión viva de este rol.

Sin embargo, el poder de las ollas o cocinas comunitarias barriales va aún más allá, si se las piensa como espacios que puedan trascender los momentos de crisis, en este caso, de un paro nacional. La capacidad de articulación, sumada a la fructífera construcción política que se cocina en estos espacios a través de la discusión, de la reflexión y de la praxis, dota a las cocinas comunitarias de un sentido político con potencial al mediano y largo plazo, para sumar, para juntar, para construir sujetas y sujetos políticos, sociedades más preparadas para resistir de manera organizada las políticas neoliberales, el ejercicio de poder de Gobiernos que buscan el beneficio de las élites y sus aliados de clase.